

DIFÍCIL-
MENTE en-

contraremos otra época en la historia de la humanidad —o incluso en su prehistoria— con unos niveles

tan altos y tan extendidos de violencia negativa y de agresividad interior. Casi ninguna zona del globo terrestre se libra de una de estas violencias: guerras por móviles materiales egoístas; competencia industrial inhumana; delincuencia creciente; desigualdades injustas; discriminaciones entre personas y grupos; enfrentamientos entre países; desunión en el matrimonio y la familia; lucha económica por el solo afán inmediato de dinero, sin respeto a los derechos básicos de los demás; violencias estructurales (leyes injustas, opresión y torturas sistemáticas de los regímenes políticos) de tal modo que es frecuente que en el mundo actual «la autoridad pública oprime a los ciudadanos». Por eso podría hablarse, sobre todo en estas décadas de los años 70 y de los 80, de «falsificaciones de la paz» ya que la paz que se obtiene es simplemente un «orden externo fundado sobre la violencia y el miedo o —en el mejor de los casos— en el precario equilibrio de fuerzas opuestas».

América

Los obispos norteamericanos aportan datos sobre la criminalidad en Estados Unidos, que resumen así para el año 1976: 18.000 personas asesinadas; 56.000 mujeres violadas; 400.000 robos a mano armada; 3.000.000 de atracos. Y sólo los robos en almacenes o en las calles costaron 1.200 millones de dólares. La delincuencia juvenil se lleva la palma: fueron jóvenes de menos de 25 años el 76 por ciento de las personas arrestadas por robo, el 84 por ciento de los que desvalijaron y el 57 por ciento de los arrestados por violación.

Y nada se diga de otro tipo de delitos, como estafas, fraudes bancarios, tarjetas de crédito y de datos de ordenador que costaron en total 40.000 millones de dólares al año. Y hay que añadir la corrupción frecuente en lo sindical, lo sanitario, la educación y los servicios sociales.

«En muchas de nuestras grandes ciudades donde el paro se aproxima a un 50 por ciento, el crimen ha llegado a ser la industria número uno, reemplazando el vacío que ha dejado la falta de empleo». Y añaden: se ha comprobado que existe «una relación entre la tasa de encarcelamiento y el paro». Y lo mismo puede decirse que

Junio 1981



Fuerzas de Seguridad de El Salvador, reprimen una manifestación de la izquierda.

LAS RAICES DE LA VIOLENCIA

E. MIRET MAGDALENA

en los ambientes de ocio no querido se desarrolla también la «droga y el alcoholismo» muy principalmente.

Las violencias estructurales (las leyes o las prisiones duras), no solucionan el problema porque —por ejemplo— «la prisión deshumaniza y despersonaliza: la vida de la prisión niega al individuo toda posibilidad de tomar decisiones y responsabilidades; ofrece, por el contrario, la ocasión de educarse en el crimen, en vez de rehabilitarse. Y en vez de desarrollar

las cualidades de los reclusos con vistas a un futuro empleo, los trabajos ejecutados en prisión tienen como único objetivo proveer muchas veces a las necesidades de la institución. Las personas que pertenecen al sistema correccional reconocen que la experiencia aportada por estos trabajos es inútil». Las investigaciones han mostrado «que la criminalidad no sólo está causada por las ineptitudes personales, sino también por la compleja interrelación de fuerzas económicas y

triunfo 31

LA VIOLENCIA

sociales». Y la conclusión que sacan estos obispos americanos es que «la vida penitenciaria no puede resolver estos problemas... porque la prisión no aporta más que un mensaje de impotencia y de cólera colectiva».

Europa

Los obispos alemanes analizan, por un lado, nuestra sociedad que fomenta «la fiebre de posesión y consumo»; y estimula este deseo por medio de «promesas manipuladas», que conducen en la mayoría de los casos a «la frustración» al no poder ver satisfecha esa sed acelerada que induce nuestra sociedad contemporánea en España, y en el mundo del desarrollo.

Se puede llamar, —como hace un estudio de los jesuitas— este fondo motivacional, «materialismo utópico», que conduce como consecuencia reaccional a la violencia de muchos ciudadanos en forma creciente. Y esta violencia adquiere a veces «ribetes rituales y cuasi religiosos». Es este un fenómeno que «aparece frecuentemente en la historia». Y por eso se unen en ocasiones «violencia» y «talante religioso» buscando una especie de «sacrificio expiatorio». El profesor Girard, por ejemplo, ha llegado a conexionar la aparición de la religión con esta reacción psicológica.

En el mundo actual hay algo que merecería ser mejor estudiado: «la posible conexión existente entre la violencia, el terrorismo y los oscuros intereses internacionales». A veces «tales intereses multinacionales alimentan a ultranza el falso idealismo del materialismo utópico». Y, por otra parte, «tienen medios sobrados para recurrir al terrorismo como método de desestabilización de sociedades más débiles, de cara a nuestros intereses».

Los obispos alemanes insisten en algunos puntos, como es la negativa educación que ha proporcionado la sociedad del consumo, del despilfarro, del «estar pronto a tirar las cosas». Porque «las cosas que arrojáis no son, sino símbolos de los valores que dejáis caer», dicen estos obispos, analizando el sentido de esta costumbre inducida por la sociedad actual. Existe también el terrorismo, «un no radical a la institución». Es preciso, para superar esta actitud, que el concepto de institución y el concepto de hogar no sean antagónicos.

A todo lo cual habría que añadir el problema urbanístico, pues la angustia que producen las aglomeraciones, el ruido y la falta de espacio engendran también violencia.

triumfo 32

¿Qué dice la ciencia?

La falsa paz que el precario equilibrio de fuerzas produce frecuentemente se quiere justificar no sólo pragmáticamente, sino también dándole un baño de aparente ciencia ya que algunos de estos científicos llegan a concluir «que el hombre está hecho para combatir al hombre, y que así la guerra es inevitable». Generalmente esta seudo-justificación proviene de algún antropólogo, como Robert Ardrey o del zoólogo Desmond Morris. Falsamente se le atribuye también esta postura a una gran etólogo como Konrad Lorenz, pero de su etología no se deduce que los hombres tengamos un destino violento ineducable sin remisión ni solución.

El término *violencia* designa algo exterior y manifiesto que proviene de una energía interior, que es ambigua y que se llama *agresividad*. Por eso un

o ambiente de «desconfianza y hostilidad que nos rodea».

La psicología freudiana ha descubierto con claridad toda la complicación y fuerza de esa agresividad que es el motor de las violencias exteriores que padecemos en el mundo actual, del mismo modo que también ha sabido recomendar derivativos para que esta agresividad se vuelva inocua o, por lo menos, menos peligrosa y menos negativa.

La primer comprobación realista que hace Freud es que «a juzgar por nuestros deseos inconscientes somos una banda de asesinos», al menos en potencia. El reconocimiento de esta realidad puede ser un primer paso de solución —de difícil solución por supuesto— de esta tan fuerte carga de agresividad que llevamos dentro de nosotros mismos.

Hoy se está descubriendo en la psicología profunda que esta agresivi-



«En el terrorismo existe un no radical a la institución.» Juan Pablo II poca antes de recibir el impacto de la primera bala.

antropólogo como Montagu dice con acierto que «todos los impulsos son agresivos; pero es posible ser agresivo sin ser hostil ni productor de conflictos, porque la agresividad puede ser cooperativa».

Normalmente la agresividad interior negativa es de carácter reaccional, y produce a su vez la violencia negativa. Esta agresividad se origina en el ser humano, o se desarrolla en él mas todavía de lo que proviene de su fuerza interior, por el mismo clima

negativo es una reacción de frustración producida muy particularmente en nuestra sociedad del consumo por el consumo inducido por la propaganda y publicidad consumista, a causa de las dificultades que tenemos en la práctica para satisfacer los impulsos que esta sociedad desarrolla crecientemente en nuestro propio interior.

Tal frustración es la causa desencadenante de esta agresividad interior, que se transforma en violencia exte-



«Los intereses multinacionales tienen sobrados medios para recurrir al terrorismo como método desestabilizador.» Reagan a punto de sufrir el atentado.

rior, con todas las manifestaciones que en este momento se producen en esta sociedad contemporánea a nivel mundial, y particularmente en una juventud que difícilmente se le deja insertarse en esta sociedad, no pudiendo entonces satisfacer los deseos inconscientes que la misma sociedad le fomenta.

El paro, la desocupación o el ocio sin meta ni actividad, que padecen estas juventudes de una gran parte del mundo, son fomentadores de esta frustración, agresión consecuyente y posterior violencia.

La psicología descubre así que «la frustración conduce siempre a alguna forma de agresión»; la frustración producida por la imposibilidad práctica de satisfacer todos los impulsos que la sociedad actual desarrolla. Pero no nos olvidemos tampoco de que «el temor a perder el objeto» es la segunda causa básica, porque esta inseguridad en que vivimos los ciudadanos del mundo presente por temor a perder los objetos que poseemos, engendra también reacciones de auto-protección, que son agresivas y conducen a violencias de todo tipo, y no entre las menores se encuentra de este modo el resurgir de un cierto neo-fascismo que predica la violencia

estructural y la supresión práctica del contrario.

Nuevas soluciones

De este modo comprenderemos que esta violencia no es una fatalidad para toda sociedad humana ni está inscrita en eso que tradicionalmente se ha llamado la naturaleza humana.

Deberíamos ante todo ello adoptar una actitud realista: la preconizada por Freud con su «principio de realidad». Porque no podemos caer en la utopía idealista, ni tampoco en el puro pragmatismo. Lo que hemos de hacer es propugnar para la sociedad futura una «utopía concreta», que sea realista y no pretenda proponer soluciones mágicas ni super-aceleradas, que nunca llegan realmente, y además frustran a los hombres que se ilusionan con ellas inútilmente haciendo fracasar de este modo cualquier cambio. Esto es lo que hemos visto, por ejemplo, en el paso del franquismo a la democracia: el desánimo y el desencanto generalizados de numerosos españoles se debe en gran parte al triunfalismo con que fue propuesto ingenuamente el cambio, como si los

problemas creados en 40 años de franquismo y la herencia de varios siglos negativos pudieran borrarse de un solo plumazo y en un día.

Hay, pues, en este camino nuevo realista: 1) «educar para la paz»; 2) «educar contra la idolatría» de cualquier valor exclusivista sin matiz ni realismo; 3) basarse en una educación que aprecie «lo positivo de la lucha no violenta», para conseguir una convivencia mejor; 4) difundir a todos los niveles, mediante «intercambios y convivencias», los conocimientos científicos sobre el cambio de la conducta humana, «mostrando medios más eficaces que la violencia»; 5) desarrollar una sociedad en pequeños grupos que evite el colosalismo deshumanizador, como pretenden los economistas Röpke y Schumacher, y el sociólogo P. Goodman.

Solamente emprendiendo esta nueva vía educacional —en el más amplio sentido de la palabra—, valiéndonos de todos los medios de influencia individuales y sociales, podremos hacer algo positivo para erradicar las altísimas cotas de violencia que estamos viviendo en el mundo, superiores a las de cualquier otra época de la historia en opinión de varios especialistas. ■ E. M. M.